



editorial**fo**c

En Editorial Foc nos mueve la convicción de que la literatura sólo sucede contigo, así que queremos agradecerte que hayas decidido compartir tu tiempo de lectura con nosotros. Deseamos que encuentres en esta obra todo aquello que nos impulsó a editarla y que, cuando llegue la última página, te apetezca recomendarla y saber más de nosotros y nuestros títulos. Te esperamos en www.editorialfoc.me. Gracias por leer.

Por lo demás nos reservamos todos los derechos y prohibimos cualquier tipo de reproducción, completa o parcial, de la obra sin la autorización de los titulares del copyright que, con mucho gusto, te contestarán en info@editorialfoc.me.

ISBN: 978-84-15634-23-2

© Ira Franco, 2014

© Editorial Foc S.L, 2014

Diseño de Cubierta: Raúl Vicent

LA REINA ESTÁ MUERTA

Ira Franco

(15 años)

Esta no es mi estación. Será la siguiente. Avanza el vagón del metro, flota en los rieles hasta detenerse en el andén. Mientras camino hacia las escaleras eléctricas recuerdo uno de esos días que me acomodaba como perro en los asientos traseros del auto, con las piernas recogidas y mirando hacia el cielo, tratando de adivinar en qué calle iríamos sólo de ver la forma de las nubes. El calor nos derretía a las tres: mi mamá venía cantando, mi hermana rascándose las piernas. Ese día, mi hermana me salvó la vida la primera vez: me prestó sus audífonos. Traer música privada es como ser dueño de un monstruo individual, como tener una pantallita que cambia la textura del mundo. Amo los Walkman.

Lo usé, por supuesto, el viernes pasado, en el funeral de mi papá... Me sentí mal, yo quiero como loca a mi papá, pero él es... era... muy raro. Hablaba de su propia muerte, de que era mejor vivir bien que morir bien; me contaba cuando su propio papá estaba a punto de morir. Fue al hospital para sacarle unas fotos. Éstas son de un día antes, me dijo y claro, como soy así, le pregunté si le había sacado una cuando ya estaba muerto. «Sí, tengo una» y cambió el tema. No insistí. A lo mejor algún día, cuando yo fuera más grande, planeaba enseñármela. Diría «así es como se veía muerto Don Cirilo», y yo me reiría como siempre que me platican que mi abuelo se llamaba Cirilo. Mi padre hizo de burro en aquel hospital donde murió Cirilo: le llevaba pulque cada tercer día. «Pobre hombre —decía— nadie le quería contrabandear un traguito». Así que lo tuvo que hacer él, su hijo. Anunciaba su llegada con la enfermera y luego le decía que había olvidado algo en el coche. De regreso nadie se fijaba en el tarro cerrado que llevaba en las manos. Me lo contó muy orgulloso; sonrió tan dulcemente como pudo y dijo, no se me olvida cómo le brillaban los ojos cuando lo dijo, «Cuando yo esté enfermo, tú me vas a llevar tequila». Por supuesto que sí, papá. Todo el tequila que quieras, aunque tenga que subir por la ventana del hospital. Lo hubiera hecho, claro, pero bueno, no pasó. Él se murió sin estar enfermo, el accidente ocurrió y había que irse. No todo el mundo puede hacer eso, pero él sí. Me fue a dejar a la escuela y me dio un beso. Ya nunca lo volví a ver vivo.

En el funeral las cosas estuvieron así. Él muerto, yo viva. Mi mamá en el hospital.

La música puede hacer que el mundo desaparezca. Eso fue lo que pasó el viernes. Me puse los Walkman para oírlo a él y ya. Si no quieres ver a alguien (vivo) o no quieres

oírlo, sólo tienes que ponerte los audífonos y en lugar de las voces se oyen tus propios ojos por dentro, tu panza por dentro, tu sangre por dentro.

Aunque te empuje el ciempiés que forman los vagones o el policía en el andén, aunque el viento lleno de grasa rancia te escupa la cara y tu propia espera se vuelva un túnel, lo que importa es que traes apretado el *play* y todo suena como a ti te da la gana. Vas en el metro y las cosas se deslavan ¿son parte del mismo vagón? Parece que llegan y se van ¿y si realmente sólo se fueran?

[...]

(30 años)

—Con que Don McLean ¿eh? Ahora lo recuerdo.

—En este país solían tener héroes. ¿Te diste cuenta de que el dinero hace un siglo que dura menos? Sabes lo que decía ese escritor, ¿no? No sé, tal vez fue Nabokov o alguien. En todo caso un ruso. Le preguntaban qué iba a hacer con las toneladas de dinero que acababa de ganar en un premio literario y respondió que ese dinero no le servía para nada.

—Era rico o un romántico. O tal vez un idiota.

—No, pero tenía memoria. El tipo recordaba las chocolatinas que comía en su infancia, envueltas en papel de oro, con una imagen pintada a mano, cada una distinta. Chocolates que ahora sólo podrían ser para el hijo de un rey. El escritor los podía comprar de regreso de la escuela, en la fábrica de chocolates de la esquina. Eso le respondió al periodista, le dijo que ese dinero no le alcanzaría para poner una fábrica parecida ni en sueños y mucho menos para poder sentarse otra vez a mirar el invierno por la ventana mientras desenvolvía una de esas chocolatinas. El dinero, como ves, ya no alcanza para nada.

El mesero pregunta que si quiero un *refill* de café. «¿Más para tu novio?»

—No es mi novio.

Al mesero le tiene sin cuidado mi relación con el gigante de los patines.

—*Boyfriend* en este país a veces es sólo: *boy-friend*.

—¿Por dónde empezamos?

—Por el café. Más tarde tendremos que salir a preguntar. Tengo un amigo en West Street que lo ha visto todo. Su mujer vende arreglos florales. Él cuida de las niñas, pero por las tardes se pone a ver. Como te digo, ha visto todo. Mientras cuéntame por qué estás buscando a *Mr. American Pie*.

—Quiero una entrevista. Que me hable de su canción. ¿Sabes que su canción anuncia el fin del mundo?

—¿Crees que eso es interesante? Se equivocaron. El mundo no se acaba. Ese es el *fucking* problema con el fin del mundo. Nunca llega.

—¿Te das cuenta? Estamos hablando de una canción. Son más importantes que las personas.

—Como si a alguien le importaran todavía las personas, *love*. Murmuré otra cosa para hacerle saber al gigante que hablaba en serio. Me miró con mucha ternura, como tomándome de la mano.

[...]

(26 años)

A las fiestas voy a estar sola. Hace tiempo que entendí una cosa: bailar cuando la música cae sobre la cabeza es un acto de soledad. Por el tiempo que dura una canción te tienes contigo y como tus orejas no tienen párpados estás completamente abierto, santificado. Estás unido al otro que es también la música y que eres tú mismo, que somos todos. Nadie está realmente en una fiesta.

Mañana es mi cumpleaños. Lo digo porque también me saca de mis casillas. Llega un punto en que una fiesta se convierte en una gran sala de espera o en un museo. Algunos curiosos observando, tomando alcohol, atestiguando la espera de los otros. Las fiestas son un animalito que se muere: caminan tímidas al principio, luego tan erguidas que se ven hermosas y con el transcurrir de la noche van avejentándose hasta que se consumen en puro polvo de cigarro y cajetillas vacías.

[...]

(16 años)

Cogimos cogimos cogimos. Teníamos poco tiempo, no sé, no sé por qué teníamos tan poco tiempo. Estábamos debajo de las cobijas y teníamos prisa y nos rompimos la madre y cogimos rápido. Coger se parece a pelear o a recibir un premio o que alguien te mencione en el micrófono de la escuela. Se siente eso en la espalda. Algo que te anuncian que va a ocurrir y en eso, chin, ocurre. La distancia de la butaca al podio. La caminata para recibir un Oscar. Se parece a cuando algo explotaba en mi casa y todos teníamos que guardar silencio por un rato, no sé si el silencio tenía más volumen que la explosión pero era una forma de ponernos atención y eso sí era más fuerte.

Primero él quería quitarme los calzones y yo quería que me los quitara pero no quería que todo fuera tan rápido, pensé que debía llevarme a otros bares y enseñarme más sobre la música que le gustaba. Tenía que hablarme más de los personajes en los libros viejos que nunca he leído; contarme cómo se tiraba Ana Karenina a las vías del tren mientras yo me burlaba de él por leer cosas tan cursis, aunque dentro de mí algo pensaba que ningún arrojito a las vías puede ser completamente cursi. Arrojarlo no es como tomar una pastilla, ni siquiera como cortarse una vena. No esperas que tu cuerpo deje de funcionar sino que algo lo rompa como a un globo lleno de agua.

El cursi era él, pensé, porque se notaba que ya me estaba queriendo, que tenía un pie dentro de mí y no quería sacarlo y yo pronto iba a querer que lo sacara. Tenía un pie y el otro y el otro y el otro, por eso quería tener todo lo demás dentro de mí, como si fuera indispensable aterrizar en mi cuerpo para llegar a algún lado. Le dije «tengo frío» y me tapó y yo estaba tan feliz que me subí en él y tenía tanto frío y tanto calor al mismo tiempo.

Me subí y yo solita me fui cayendo en él, poco a poco, despacito como si hubiera ido bajando por un túnel largo, derecho.

Me gustó.

Nos levantamos. Perdí mis calzones y ya no los busqué. Me fui así, con los pantalones tocándome lo mojado. Mis pantalones eran mis grandes cómplices. Yo estaba tan feliz.

[...]

[...]

(15 años)

No entiendo por qué se inventó así el mundo, falto de música. Acepto que a veces sopla el viento y se oyen pajaritos, pero no es suficiente. El universo debería tener eso perfectamente controlado: la gente iría a trabajar inmersa en la sustancia de su canción personal. Lo mejor sería poder hacer silencio, aunque el silencio completo no existe y de poder vivirlo nos volveríamos locos. Pero si ya estamos, yo digo. No entiendo por qué se inventó la luz que cae sobre todos nosotros, sin importar si estamos vivos muertos o somos buenos o malos, si pisamos escarabajos hermosos para sentir rico en los pies o golpeamos a la gente que amamos o lo que sea. Uno no puede ser sin luz porque desaparece, punto. No es tan evidente, pero también ocurre, me ocurre, que a veces desaparezco sin música. Aquí en el hospital las cosas no se han puesto muy bien últimamente. La tía está muy enojada porque uso todos los días estos audífonos. Le parece una falta de respeto al buen sufrir. Por eso nos volvemos a poner las capuchas mi hermana y yo. Le presto mis audífonos, le enseño, mira, ya saqué la letra de esa canción, dice el cantante que había una vez un caballo sin nombre, un desierto que luego se convierte en océano sin agua, con todas las plantas como peces y nosotras caminando por la canción. Cantamos. No me importa si dicen que sufrimos, hay minutos que dejamos de hacerlo. Miro a los que visitan a mi mamá entubada en esa cama, como si estuvieran esperando su turno en el oasis de este desierto. Un conejo va hacia el agujero. No es un conejo blanco, no está vestido como paje de la corte, no lleva un monóculo y no trae reloj. Es realmente una coneja parda que lleva comida a la madriguera. Esta coneja no conoce Londres, lo suyo es puro cactus y broza, despojo de maleza que se convierte en coneja y luego en caca de coneja y luego en escarabajo, en ave y luego en rapiña, en mineral y finalmente en más broza. La coneja y sus conejitos se comen a sí mismos, en realidad. Todos lo

hacemos. Si la música fuera como la luz, omnipresente, este ciclo de comer pasto y comerse uno mismo no sería tan odioso. No sé si hablo así porque mi papá muere todos los días que vengo aquí, cuando recuerdo que está muerto, o porque mi mamá vive de manera tan extraña, como si ya lo estuviera. Entre ellos las cosas estaban muy bien, ese choque fue en realidad un coito interrumpido. Desde que se conocieron no habían tenido tanta calma. En esos últimos días mi mamá estaba aprendiendo francés, mi papá pensaba en comprar una casa. Ahora mismo desearía que mi mamá se despertara del entubado y me contara cómo fue que decidió regresar a México. No me importan las razones de dinero, quiero las otras. Ella dice que allá conoció a un cantante, me enseñó una canción larguísima y me cantó la letra como se acordaba, pero su memoria es la cosa menos confiable del mundo. Y eso que en el mundo hay muy pocas cosas en las que se puede confiar. El disquito de 45 rpm no trae letras, claro, y sólo entiendo algunas frases: *Bye bye miss American Pie*. «Pastelito Americano» la llaman aquí en la radio, y yo le pregunto por qué le dicen así a una chica, y ella me contesta que de cariño uno tiene permitido decir casi lo que sea. Incluso pastelito. Pero la canción no sólo trata de una chica, me dice, trata de un día que se murió la música, de un accidente de avión en donde iba subida la música. Ahora mismo desearía preguntarle a mi mamá por qué no se quedó a vivir allá en Los Ángeles, con ese cantante, si cree que la vida le hizo un buen trato después de todo.

Alguien en las noticias dijo que este año era el de los milagros. Polonia tiene ahora un gobierno que no es comunista. El tipo de la tele dice que es cuestión de un par de años que caigan todos los demás. Polonia debe ser magnífica, o la guerra no habría empezado allí. Dicen que viajar para allá no es tan fácil, hay que pedir permisos especiales y esas cosas, saber que te pueden decir espía. Me gustan los nombres impronunciables de esos lugares como solía nombrarlos mi papá: Hirohito, Ceausescu, Slovodan, Mikhail. Me gustan los

nombres rusos. Hace quince años mi mamá estuvo a punto de nombrarme Breshnev. No le importaba si el tipo era simpático. Sólo le gustaba cómo acariciaba la boca el nombre. Creo que todo el mundo hizo el favor en pedirle que recapacitara. Los nombres tienen un poder especial. No sé qué habría sido de mí si me llamara como aquel político. Sería una persona horrible o alguien cuyo nombre se desliza en la boca. Me gusta pronunciar el nombre del presidente rumano por ejemplo, porque creo pertenece como a un mundo viejo, como el de mis papás. Mientras yo pronuncio *chauchescu*, algunos en Alemania están en plena celebración del centenario de Hitler. Tal vez celebran a los Hitlers por venir, dice mi maestro de Historia, mientras nos lee algunos mini textos de un libro que parece de magia, compilado por un señor que nunca he leído que se llama Edmundo Valadés.

Mi papá ya no va a poder ver las noticias. Eso sí que me encabrona. Él era el encargado en esta familia de decirnos qué estaba pasando y por qué. Ahora yo no sé qué pensar. No sé quiénes son los buenos y quiénes los malos. Él era el encargado de explicarme cosas como esa, o que tampoco pasa nada en la oscuridad aunque a mí me siga dando miedo.

Los doctores dicen que la conejita parda entubada podría tratar de hablar en cualquier momento. Por eso no quieren que nos despeguemos de la sala de espera. No he ido a la escuela y eso que pagaría por ver a mi maestro de Historia. Quiero ver a mi mamá hablar, por supuesto, pero sé que los grandes van a decir como en las pinches telenovelas «no la fatiguemos ahora, está muy cansada, dejémosla en paz». Pero qué taraditos todos. No es tiempo de dejar en paz a nadie, digo yo.

Hoy en la mañana vino un doctor chaparrito a decirme que esta vez podía quedarme más tiempo hablando hacia mi mamá. «Sólo la familia cercana», dijo. Al doctor le importan los títulos, así que hoy puedo quedarme un poco más. [...]



Trabajamos para traerte más obras y te esperamos en
www.editorialfoc.me